

El trato

En abril comienza la cosecha del maíz. Entonces llegan. Recibimos a las tribus. Entre nosotros tratamos de adivinar sus nombres. Llegan caminando, no sabemos desde dónde. A veces los confundimos con gitanos. Mientras avanzan abren una polvareda gris que se desvanece en el aire. Tenemos miedo. Nadie sabe la edad de las mujeres; la de los hombres no importa.

Las polleras de colores se recortan en la tarde. Los chicos, descalzos, se despiden del verano.

¿Qué vendrá después? ¿Qué camino oscuro seguirán? La casa y el maizal son una parada vana. Debe cumplirse el destino. Alguien debe cumplirlo.

Caminan incesantemente; tal vez por eso los confundimos.

¿Cuántos veranos el sol habrá disuelto sobre aquellos rostros? ¿Cuántas muertes habrán acompañado esas manos? ¿Cuántos espejos habrán negado sus miradas?

Mientras avanzan, temblamos de miedo. Dicen que son capaces de matar.

Los jefes se acercan a la casa. Mi padre sale al patio. Mientras avanza, la tarde se llena de susurros. Mi padre no puede comprenderlo.

No pudimos saber qué dijeron los hombres. Nos estaba prohibido.

Nunca supimos dónde durmieron esa noche; tal vez en el galpón, entre las ratas. Construyeron las chozas en medio del maizal. Prohibido acercarse; solamente mirarlos desde lejos, seguir adivinando. En la noche, alguna voz pregunta en mi cuarto: ¿Curan a sus enfermos? ¿Entierran a sus muertos? ¿Qué palabras pronuncian para nombrar las cosas?

La cosecha comenzaba en abril; mayo nos sorprendía cuando el campo todavía no estaba despojado. El frío y las lloviznas nos iban encerrando. Nosotros, en la casa; ellos en las chozas. Los chicos descalzos cortaban el maíz; las mujeres se confundían con los hombres; solamente las polleras de colores en los días nublados, los surcos profundos en las caras.

¿Puede el olor dibujarse en los rostros? le pregunté a mi madre. Me miró. No dijo demasiado.

Una noche los hombres pidieron un caballo, el más viejo. Mi padre se lo dio. Las mujeres colgaron la carne en los alambres. Primero la salaron. Me dijiste que eso se llamaba charque y para mí era carne.

La noche de mayo se extiende vacía de sapos y de grillos. La última vela vacila ante un soplido. Sólo alguna voz para enfrenar el miedo. Se desvanece a lo lejos el galope de un caballo. Caliento mis ropas dentro de la cama.

Debíamos inventar el sueño cada noche. Para las mayores era contar cuentos aprendidos rigurosamente de memoria.

Corren hacia la casa. Los hermanos buscan sus manos en la oscuridad, besan las cruces de sus cuellos, invocan a sus santos. Santa Rosa de Lima, en agosto...

El hombre se apoya en la puerta, golpea, llama. Mi padre atraviesa el patio. Esta vez la noche no se llena de susurros. Corren hacia las chozas... Brilla el metal. Mientras mi padre desenfunda su revólver, dos cuchillos caen sobre el suelo.

Alicia Gutiérrez Reto